

Día que todos los siglos esperaron
Con deseos fervorosos y ansias vivas.

Día que Abraham en espíritu miraba
Con transportes y raptos de alegría,
Y en que el santo anunciado á nuestros padres
Pone fin á miserias tan crecidas.

Ea mortales, salid del cautiverio,
Que ya la libertad es restituida:
No cual siervos Dios quiere que temamos;
El reino de la Gracia principia.

CANTO II.

VOSOTROS que buscáis la verdad pura,
Amantes castos de su luz hermosa,
Mientras esteis atados á este cuerpo,
No esperéis disfrutar toda su gloria.

Con llanto, con gemidos, con tristeza,
Se mezcla siempre vida tan penosa:
;O cristianos! pelead con vuestra Madre,
Vuestras armas prestadle en su congoja.

Así es, la Iglesia santa aquí en la tierra (1)
Solo tiene dolores que la agobian:
Es hija de la cruz; este es su origen:
Heredera de espinas; esta es su honra.

Es forzoso que en ella el sacrificio
Se cumpla de la cruz; ella es la esposa;

Y si el esposo muere ensangrentado,
En sangre debe estar bañada toda (2).

El demonio embravece los imperios;
Contra ella los irrita y amontona,
Hierros apresta, cárceles, cadenas,
Y el sangriento cuchillo y las mazmorras.

Mas; ah!; que en vano su furor excita!
;Impotente es su rabia y su ponzoña!
Cuanta mas sangre vierte, es mas fecunda;
Cuanto mas perseguida, mas hermosa.

Al fin el rey pagano se convierte;
Sumisa la cerviz la cruz adora;
Y hace ver que la ley de los cristianos
Los fueros del imperio no deroga.

El ministro de Apolo, ya ilustrado
El ídolo sacrilego derroca;
Y el Capitolio ve precipitarse
A Júpiter, á Marte, y á Belona.

Triunfa la Iglesia, y en su propio seno
A gozar va por fin la paz dichosa;
Mas de nuevo el Averno se conjura
Y á mas sangrienta guerra la provoca.

La detestable y pérvida heregía
Sus penetrantes dardos emponzoña,
Y aunque una y otra vez es combatida,
Sulca los mares, y un ingles la apoya.

Enarbola Pelagio el estandarte (3),
Y de la gracia el sacrosanto dogma

Ataca con astuta hipocresía,
Y ciego á sus errores se abandona.

Perverso defensor del albedrío
Niega á la Gracia su eficacia toda,
Y sin la obra de Dios busca en sí mismo
El principio virtuoso de sus obras.

¡ Oh cómo el hombre su intencion oculta
Debajo de apariencias engañosas !
Pelagio se presenta, y se le admira
Cual varon lleno de virtud heroica.

Mas ¡ qué sirve que en público gocemos
De la santa virtud todas las honras,
Si escondido en el pecho el feo gusano
De la infame soberbia nos devora ?

Cae la máscara en fin, y el universo
De tan nuevo espectáculo se asombra,
Viéndole derramar mortal veneno
En la santa ciudad, la misma Roma.

El fuerte anacoreta, el penitente,
El doctor de la Iglesia, á quien arroba (4)
La trompeta del juicio, y desde el yermo
Brilla en la Iglesia cual luciente antorcha :

Gerónimo, á la lid apercebido,
Su antiguo esfuerzo y su valor recobra :
Mas á Agustino solo Dios reserva
El frondoso laurel de la victoria (5).

Escogido del cielo, y á su brazo
Fiada del cielo la defensa toda,
Cual rayo trueno que el error disipa ;

Confunde á los rebeldes y los postra.

Ilustrada la Iglesia en sus escritos
Sobre el gran candelero le coloca :
El orbe todo su doctrina acata :
Molina solo su alto precio ignora.

Esclarecido alumno de Agustino
San Próspero combate el falso dogma (6) ;
En sus últimos puestos lo persigue,
Dando esmalte los versos á sus obras.

Tambien las musas sirven á los santos :
De las musas la gracia encantadora
Temblar hace tambien al enemigo,
Y teje á la verdad triunfal corona.

Formado en los escritos de estos sabios,
Su doctrina en mis versos se pregona ;
Agustin habla en ellos : ¡ Dios eterno !
Solo tus santos traten de tus glorias.

Confesando las fuerzas de la gracia (7)
Veamos á par nuestra miseria toda,
Para adorar con humildad rendida
La mano que nos sana y nos conforta (8).

Cercados del error y la mentira
Las tinieblas nos cubren con su sombra ;
El pecado su negro velo tiende,
Y la luz nuestros ojos abandona.

Al corazon dañado y corrompido
Vergonzosos anhelos lo devoran,
De la carne vencido, solo sigue

Del deleite la senda seductora.

El deleite, es verdad, puro en su origen,
Vestido de inocencia, al alma arropa;
Por él el frágil cuerpo se conserva,
Y á los cielos la mente se remonta.

Mas despues ¡infeliz! caída del trono,
Menospreciando la eternal corona,
Del deleite del cuerpo se hace esclava
Apurando pasiones vergonzosas.
; Con qué dificultad estos placeres

A santos sentimientos la provocan!
; Con qué facilidad se precipita
Y de Dios olvidada se abandona!

En acrecer los males de la tierra (9)
Su gozo todo Satanas coloca:
Ya cual fiero leon la presa busca,
Y lánzase sobre ella, y la destruya:

Ya en mentida blandura convirtiendo
Sus furores cual sierpe engañadora,
Deslízase entre rosas, y al incauto
Hiere aleve, y el pecho le emponzoña.

Este tirano del horrendo abismo
Gozó algun tiempo de la luz hermosa;
Arrojóle el orgullo á las tinieblas,
Y con él á los hombres aprisiona.

Ser á Dios semejantes les promete
A nuestros padres en Eden, do moran:

Alarga Adán la mano, corta el fruto,
Y su mal todo en un bocado toma.

Del hombre se apodera la soberbia,
Y engendra en él pasiones peligrosas;
Y para renacer de sus cenizas,
Sabe ocultar sus fementidas glorias (10).

Arte maligno con que nos sorprende
Entre astucias y pérfidias lisonjas:
Persuádenos que es fácil combatirla,
Y entónces ciegos á sus piés nos postra.

Las leyes de la gracia, son violentas:
La libre voluntad, encantadora:
El depender de Dios nos exaspera:
Todo el hombre al momento se trastorna.

; Pero es posible hablar de cómo acecha
Nuestras debilidades vergonzosas?
Todo lo observa, á todos nos embiste,
Sin distincion de estados ni personas.

Al monarca en su trono aprisionado
Y cargado de un peso que le agobia,
Lo deslumbra con falsas brillanteces,
Haciéndole ligera la corona.

Amenaza al guerrero en cada instante
El filo de la espada destructora;
Pero sabe ocultarle los peligros,
Y alucinarle con falaces glorias.

Llora el vil cortesano los desprecios
De un vano protector que le sonroja;

Mas le obliga el orgullo á soportarlos
Con sueños de esperanzas engañosas.

Lucha aquel superior con la conciencia
Que no le deja reposar á solas,
Mas en público el pueblo le respeta,
Y sosiega con eso sus congojas.

Sobre los libros se desvela el sabio,
Y desahogos y gustos abandona,
Mas, loca libertad le da el orgullo,
Y la razon sobre la fe coloca.

Del palacio descende á la cabaña;
La pobreza tambien es orgullosa:
Se ceba en los ayunos y virtudes,
Lo mismo que en los vicios su carcoma (11).

Entre tantos peligros que me cercan
La gracia sola mi valor conforta;
Las armas del Averno aquí se estrellan,
En este oceano las pasiones se ahogan.

Gracia de Dios, mi apoyo y mi esperanza,
Gracia á quien sigue siempre la victoria,
Gracia que tiene dulces atractivos,
Jamás mi resistencia se te oponga.

Soplo sagrado del amor divino (12)
Que las almas abrasas y transformas;
Pues que tú facilitas la obediencia,
Manda á nosotros tu eficacia toda.

Si el clamor fervoroso no la llama,
En valde es caminar; por presurosa

Que sea nuestra carrera, nada alcanza,
Sino tormento, confusion, deshonra.

Es estéril sin ella todo esfuerzo,
Todas las diligencias son ociosas (13):
Sin su auxilio vivífico y potente,
Es el hombre un cadáver que inficiona.

Pero si ella aparece, en el momento
El muerto se levanta de la fosa,
Y rotos ya los lazos, libre queda
Del brazo de la parca destructora.

En este instante solo, instante bello (14),
La gracia hiere el pecho, el hombre llora;
Conoce el bien, y de su amor se ocupa:
¿Habrà suerte para él mas deliciosa?

Bienes, deleites, brillo, dignidades,
Todo pasa á sus ojos como sombra:
El veneno descubre, que le ofrece
En su dorado cáliz Babilonia.

El mundo es á sus ojos teatro triste
De infortunios, dolores y carcomas:
Todo lo juzga vanidad y engaño;
Renuncia á todo, y en su Dios reposa.

Los tiros que el demonio le dirige,
En el escudo de la fe se embotan:
Para él perdió el placer sus atractivos,
Y todo su esplendor la falsa gloria.

Mas si la ayuda fuerte de la gracia
En un solo momento le abandona (15),
Sus fuerzas todas quedarán rendidas,
Y volará instantánea la victoria.

Para que se conserve el don del cielo,
Forzoso es que la gracia nos socorra:
Si se retira, todo don se pierde,
Y cesan las virtudes mas heroicas.

Siempre vive en el pecho la malicia:
Vencedora ó vencida es peligrosa:
Si un vicio se destruye, otro mas fuerte
En su lugar al punto se coloca.

Por fuera todo irrita, todo enciende
El fuego que por dentro nos devora:
El mundo que lo atiza nos corrompe
Con su trato y doctrinas seductoras.

Ora aplaude, ora alaba y lisonjea;
; Qué encantos para el que ama falsa gloria!
Ya reprende, y se burla y satiriza:
; Qué escollos para una alma ruborosa!

Entre tantos peligros que nos cercan,
Solo en la gracia el corazon se apoya:
A ella clama, y si logra sus auxilios,
Segunda vez rendido los implora.

Rico es Dios para darme; mas yo debo
Pedir siempre á su mano poderosa.
Ando bien si me asiste: si me deja,
Mi alma precipitada se abandona.

Salta seguro el niño delicado,
Si la madre á tenerle se halla pronta;
Pero cae sin recurso y se lastima
Si andar pretende cuando se halla á solas.

Cuando Dios, adorable en sus consejos,
Quiere hacer á sus santos que conozcan
Lo que son por sí mismos, se retira,
Y sufren luego caida lastimosa.

De una beldad la vista el pecho enciende
Del real Profeta, que el Eterno forma (16)
Segun su corazon; y se mantiene
En una paz infame y vergonzosa.

Ni habria jamas salido del abismo
Sin la gracia eficaz y triunfadora:
Natan es el conducto por donde habla
La voz fuerte que todo lo trastorna.

Oye dócil David, y reconoce
Su torpe vida en la fingida historia
Que refiere el Profeta; y que ha pecado,
Humilde ante el Señor confiesa y llora.

A pesar de promesas temerarias,
Creyéndose mas firme que una roca,
Pronto para sufrir prisiones duras,
Y aun la muerte mas cruel y dolorosa:

Pedro, aquel Pedro que en amor se inflama,
Que cree, promete, y el peligro arrostra,
Cede flaco, y quebranta sus promesas
A la voz de una criada decidora.

Pedro cae, y si llora su perfidia

Lo debe á la mirada poderosa (17)
 Que invisible valor á su alma inspira,
 Y que en un hombre nuevo le transforma.
 Socórrele la Gracia, y de sus males
 No solo generoso se recobra:
 Se presenta á los reyes, y se ofrece
 A la cruz, al cuchillo y á la sogá.

Tiemble el justo, no sea que por su culpa
 La gracia en asistirle no esté pronta (18);
 Pues si ella no conserva lo que ha dado,
 No es posible que él solo se socorra.
 ¡Qué! ¿no es posible? gritan los hereges,
 ¡Doctrina detestable, escandalosa!
 Así haceis á la ley funesto yugo,
 Que las humanas fuerzas no soportan.

Pero tú que me cargas de anatemas
 Porque un mentido celo te transporta:
 Tú, que ves heregía donde percibes
 Lo que á tus sentimientos no acomoda:
 Dime, ¿el que dijo: *Yo seré el alivio*
De la carga pesada que os agobia;
 No dice: *Solo el Padre puede atraeros* (19),
Y sin mí no podeis ninguna cosa?
 ¿La fuerte autoridad con sutilezas
 Vais á eludir? mas suspended por ahora:
 Os concedo que el hombre puede siempre
 Con la ley santa conformar sus obras (20):
 Pero vosotros convenid conmigo

En que si Dios la voluntad no dobla,
 Nunca nuestro poder tendrá su efecto,
 Pues como rehusa el bien, el mal adopta.

La oveja descarriada, aunque se esfuerce,
 No vuelve á la pradera deliciosa
 Si el pastor no la trae sobre sus hombros,
 Y en su amado redil no la acomoda.

Si acaso á Dios me elevan mis deseos,
 El es el que en el pecho me los forma;
 El lo hace todo, y él me da el afecto
 Con que mi voluntad siempre lo adora.

Por él soy, por él juzgo, por él siento;
 La criatura le está sujeta toda (21):
 En vano el corazon le disputamos,
 El es el que lo mueve, suya es la honra (22).

Nos pide, y si le damos, de él nos viene
 Esa misma obediencia meritoria:
 ¿Qué tienes pues, que no hayas recibido?
 Y si todo es de Dios, ¿cuál es tu gloria?

Deseos, virtudes, santas oraciones,
 Solo á la gracia producirlas toca,
 Y aun la carrera que á ella nos acerca
 De su asistencia indispensable es obra (23).

Su mano misma nuestros pechos abre:
 Su influjo santo nuestros votos forma;
 Y dicta la oracion con que al Eterno
 Humilde ruega el alma fervorosa (24).

Esperar de sí mismo es apoyarse

En hueca caña, quebradiza y floja;
Dios es quien da la vida y el sustento,
Y á quien el hombre en su miseria invoca.

El es el buen pastor que á sus ovejas
Sabrosos pastos y aguas proporciona;
Y á las que estan cansadas, con ternura
En su amoroso seno las reposa.

Creamos ya sin temor estas verdades,
Pues en la gracia la humildad se apoya:
Protestemos rendidos que en su ayuda
Está el poder, la fuerza y la victoria.

Mas no tampoco juzgues que ella ofende
La amable libertad que nos adorna;
No es tirano su yugo ni violento (25):
Atrae, previene, excita y enamora.

¡ Con qué blandura el corazon inclina
Para que de su Dios las voces oiga!
¡ Con qué tiernos suspiros dentro el pecho
El Espíritu Santo pide y llora!

Solo el vano Lutero, que fogoso si mas
En sus impíos errores se transporta (26),
Por añadir mas fuerzas á la gracia,
De la libre obediencia nos despoja.

El hombre en su sentir es un esclavo,
Que arrastra la cadena vergonzosa
Por superiores leyes precisado,

Sin tener voluntad ni eleccion propia (27).

Calvino abraza al mundo, repitiendo
Sus máximas horribles y espantosas:
Se estremecen los fieles, y la Iglesia
En sus mismos cimientos se trastorna.

En Trento sabia y santa se congrega:
Por defender sus venerables dogmas:
De allí nos da las reglas celestiales
En que el error no mezcla su ponzoña.

De esta augusta asamblea las decisiones
Sean siempre nuestra luz y nuestra norma:
Allí estan asentados los derechos
De nuestra libertad encantadora.

No es mas que amor el corazon del hombre (28);
Su misma inclinacion es su señora (29):
Si huye de algun objeto ó si le sigue,
Por amor aborrece ó se apasiona.

Ama siempre un objeto si otro no halla
Mas amable que aquel que le enamora,
Tan solo un mayor bien le hace mudable
Y las primeras impresiones borra.

Para arrancarle de placeres torpes
Un gusto anticipado de la gloria
Sabe la gracia darle; así le ilustra,
Y con ese deleite le aprisiona.

Conoce el bien Supremo, y para amarle
Rendido siempre el corazon apronta:

Este es el dulce imperio de la gracia;
Ella toda es amor, por amor obra (30).

Ley es de libertad inestimable,
Precepto blando que el deleite adopta;
Encanto que destruye todo hechizo,
Victoria que al vencido da la gloria.

Dios no violenta el corazon del hombre,
No arrastra á su servicio; toda su honra
Es conservar intactos los derechos
De la bella razon que nos adorna.

La gracia no hace esclavos, y sus leyes
Son leyes dulces que el amor confortan (31):
No obstante tiene leyes infalibles
Cuando con eficacia el pecho toca.

¿Y será extraño que el celeste fuego (32)
Destruya la frialdad que el hielo forma?
¡Ah! si una chispa el corazon abrasa,
No basta resistencia que se oponga.

Libremente aprisiona esta cadena.
¿Cómo se oye á la gracia sin que sombra
De violencia aparezca! ¿Cómo arranca
La obediencia segura, entera y pronta!

¿Por ventura el enfermo se resiste
A quien le ofrece la salud preciosa?
Al que es libre en rehusar el alimento
¿No le precisa el hambre á que lo coma?

¿Quién gimiendo en pesado cautiverio
La libertad si puede no recobra?

¿Será forzoso traerle con violencia
A la alma patria cuya ausencia llora?

Si huyo horrorizado de mis grillos,
El que me da este horror es quien los corta:
Corro yo; pero Dios que así me ayuda,
Los alientos me da para que corra.

En tan feliz momento, llena el alma
Y rodeada de Dios, á él se abandona:
Mi corazon herido de su fuego,
Por su brazo á su seno se transporta.

Todo cuanto yo hago, á Dios lo debo;
Si elijo con acierto, suya es la obra (33):
Y este dichoso amor con que yo le amo
Me le ha dado su mano bienhechora.

Sí, le debo mi amor; pero esta gracia
Mi eleccion verdadera en nada estorba (34):
El me hizo libre, ¿es creible que destruya
Lo que da liberal con mano propia (35)?

Apártense de aquí los insensatos
Que haciendo al hombre esclavo á Dios deshonran.
Firmaré con mi sangre el anatema
Que confunda blasfemia tan odiosa.

Arbitro es de su suerte el hombre y libre:
El hacerse feliz, á él solo toca:
Dios la muerte y la vida le presenta
Para que el bien ó el mal por sí lo escoja.

Sus suaves llamamientos no destruyen
La libre voluntad con que le dota:

Dueño es, de resistir á sus influjos,
O los lazos romper que lo aprisionan (36);

¡O poder desgraciado! yo te tengo (37)
Para tormento, mas que para gloria;
Con este apoyo caigo fácilmente;
¡Quién me diera unas alas de paloma!

Léjos de estos horrores volaría
Al seno en que las almas se reposan,
Allí en una violencia dulce, eterna,
La obediencia es feliz aunque forzosa.

Allí su yugo al corazón encanta (38);
La libertad se pierde sin congoja:
Allí, libre de un cuerpo tan impuro,
El deleite en su origen la alma goza.

No hay pedir ni desear en esta patria:
Allí los bienes inefables sobran:
De allí está desterrada la tristeza:
Las lágrimas se enjugan; todo es gloria.

Las penas, los temores, los suspiros,
El dolor, los deseos, todo se borra.
Ha triunfado la Iglesia, y en los cielos
Se canta el parabien de su victoria.

Ella canta, y nosotros desterrados
Lloramos nuestra ausencia dolorosa:
Nuestras lágrimas crecen la corriente
Del miserable rio de Babilonia.

Sentados en sus márgenes gemimos
Secas las fauces, y las voces roncadas:

Pero, ¡ó celeste Sion! ¡puede entonarse
En tierra agena el canto de tu gloria!

Infelices, callemos; nuestra pena
A silencio perpetuo nos provoca.
Colgadas para siempre nuestras liras,
De los sauces dejemos á la sombra.

¡O ciudad de la paz! ¡ó patria amada!
¡O eternidad serena y deliciosa!
¡O qué largo y penoso es mi destierro!

¡Cuándo veré tu luz encantadora (39)?
Cuándo será que beba en el torrente
De tus deleites puros, Sion gloriosa?

¡Cuándo me embriagaré con el olvido
De las penas terribles que me agobian?
¡Gozaré alguna vez tu paz amable,
Que el corazón mas lánguido conforta!

¡O día dichoso que jamas se acaba!
¡Ay! ¡cuándo gozaré tu luz hermosa!

CANTO III.

Así como el relámpago aparece
Despidiendo los brillos de su fuego;

Y en un momento el orbe todo ilustra
Tocando el horizonte en sus extremos:

Así como la saeta con violencia
Precipitada parte, y hiende el viento;